



A la Srta Victoria Subesca...
Niña

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Santa Niña

Octubre 1

Mi Diario de Prisión

1858-59

Publicado en el N.º 22 de la _____
"Revista Chilena de Historia y Geografía"



Santiago de Chile
Imprenta Universitaria
1916



E 3 - 167 - 392 3
Nº = 042360

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Mi Diario de Prisión

1858-59

Publicado en el N.º 22 de la _____
"Revista Chilena de Historia y Geografía"



P. 21-

Santiago de Chile
Imprenta Universitaria
1916

503-D.



Mi Diario de Prisión

Domingo 12 de Diciembre de 1858.

A las 10 de la mañana supe por Guillermo Mackenna que se estaba fijando un bando prohibiendo la reunión del Club de la Unión para firmar el acta de adhesión a la Asamblea Constituyente.

Al momento me vestí, dejando todo arreglado para no volver, porque esperaba dormir en la cárcel.

Vine al Club. Estaban sólo Manuel y Guillermo Matta. Aquel había redactado una protesta, que estaba armándose en la imprenta (*Mercurio del 13 de Diciembre*). Pasé en frente a ver a C. Gallo. Almorzaba con S. Ortúzar. Los acompañé y resolvimos llevar adelante la reunión, a pesar del bando. Tomás Gallo dormía, porque se levanta a las 2 de la tarde.

Pedí una bandera a monsieur Cluc, dueño del Hotel de Francia, la clavamos en un diablo de billar y la llevé yo mismo poniéndola en el balcón, encima de la entrada del salón de la Filarmónica, donde la reunión iba tener lugar.

Dieron las 12. La gente, en su mayor parte jóvenes, comenzaba a llegar.

A esa hora entraron al salón el Capitán Maximiano Echeverría y el Teniente Francisco Echevers, su primo. Éste llevaba la palabra y entró jovialmente, tomando parte en las chuscadas de C. Gallo, que lo invitaba a incorporarse en la reunión y pertenecer al Club. Después de 5 minutos de charla, le dije yo, personalmente, que no salía sino cuando las bayonetas hubieran invadido el salón. Ambos oficiales se retiraron, quedando el Capitán en la puerta para no permitir la entrada y yendo el Teniente a dar parte de nuestra respuesta.

Nos ocupamos por más de un cuarto de hora en hacer entrar la gente que se agolpaba por la puerta de la calle de los Huérfanos y por la de la imprenta de *El Correo*, en el Pasaje Bulnes. De este modo, en menos de media hora, había reunidas más de 200 personas, casi todos jóvenes. El Intendente había cometido una gran torpeza en no cerrar la puerta del Club; si, en realidad, quería estorbar la reunión, y a esta circunstancia se debió la excitación del día, porque los invitados, encontrando el local cerrado, se habrían ido.

En este intervalo se firmó por todos los concurrentes la protesta de Matta. Firmaron también 5 ó 6 artesanos que habían entrado y habían tomado asiento en un rincón de la sala. Lancheda también firmó, pero tanto éste como los otros artesanos se retiraron cuando la fuerza invadió el salón. ¡Hicieron bien! El pobre sabe cual es su suerte en nuestra justicia, esencialmente aristocrática. El sastre Molina y un joven Samaniego, algo más decentes, y dos o tres más desconocidos, fueron enviados al presidio por no haber tenido con que pagar la multa.

A las 12 y media llegó el Comandante Chacón, seguido de un ayudante. Avanzó hasta el centro del salón dando la mano a la mayor parte de los que se acercaban y rogándoles individualmente que se retiraran. A Custodio Gallo y a mí se dirigió más expresamente, haciéndonos saber que había recibido orden de *desalojarnos* por la fuerza si insistíamos en llevar adelante la reunión. El Intendente instruido, en efecto, por Echeverría, de nuestra resistencia, había corrido en su carruaje al Cuartel de Policía y dado a Chacón la orden de *desalojarnos*. Este término militar era característico del Intendente-Coronel que hacía su primer *debut* de autoridad. Chacón, sin embargo, se adelantó solo y la tropa le siguió poco después.

Nuestra respuesta a Chacón fué la misma que habíamos dado a Echeverría: que sólo saldríamos cuando el fierro de las bayonetas tocase nuestros pechos, porque defendíamos un derecho sagrado y era preciso que nuestra protesta estuviese a la altura de ese derecho. Además, nuestra dignidad de ciudadanos estaba comprometida. Habíamos convocado al pueblo bajo nuestra responsabilidad y el haber desistido de este empeño solemne por la sola intimación de un oficial, habría sido un acto ridículo e indigno, de que se habría aprovechado con fruto la mordacidad de nuestros adversarios. Una debilidad, por otra parte, iba a malograr el pensamiento hermoso, salvador casi, pero naciente todavía, de una Asamblea Constituyente. Dispersada la reunión, antes de un acto decidido de entusiasmo y energía, aquella idea habría sido ahogada en una mezquina rechiffa. Sofocada por la violencia, el acta de la Constituyente, que no era sino un primer asomo de organización pública para la idea simbolizada en aquella palabra, fué sancionada por el *sitio* impuesto a la mitad de la

República, así como el *bando* de la madrugada le había dado la autoridad de la aceptación de la mayoría de la capital. Los votos a favor del despotismo valen a veces tanto como una victoria obtenida por el pueblo, o una sanción pública recibida por los principios. Que el bando había sido una resolución pánica y repentina es tan cierto que a las 11 de la noche del Sábado, el Intendente fué llamado apresuradamente desde la Moneda, encontrándose en el teatro, y su salida fué tan estrepitosa y todos la observaron, y en la misma noche se circuló en el teatro la proximidad inminente de un sitio. El Consejero de Estado, Mujica, interrumpió a las 10 de la noche un comparendo, al que asistía don Alejandro Reyes, por un aviso precipitado que en ese instante recibió y por último a las 9 de la noche hubo alguien que encontró al secretario Rogers que corría hacia la Moneda. Los empleados de la imprenta Nacional pasaron en vela la noche y a las 8 de la mañana se llevaron los primeros ejemplares del bando al cuartel de policía. La redacción de esta pieza acusaba, además, cierta originalidad y pasión, sintiéndose el acaloramiento de un primer impulso, en sus frases que no tienen el aplomo oficial de los decretos, y aun llega hasta el absurdo como la prohibición de las reuniones políticas *en todo tiempo en adelante*. Una mano *suprema* había, sin duda, improvisado aquel bando-libelo, que tenía más amenazas que prohibiciones, más susto que confianza. Lo cierto es que ni el Intendente ni su secretario tenían más parte en aquella medida que sus firmas, y esto, quien sabe! La firma de todos los empleados de todas las categorías de la administración Montt quedan archivadas en la cartera presidencial desde que S. E. firma el respectivo despacho. Pero continuemos la relación de la jornada.

Nuestra respuesta al Comandante Chacón fué terminante. No hacíamos resistencia porque no teníamos armas, pero solo cedíamos a la fuerza armada. Esta va a llegar en el instante, dijo el prudente y caballeroso oficial. Tanto mejor, le respondimos: el conflicto había cesado más pronto y se había cumplido nuestro objeto.

Chacón se retiró de la sala, sin duda para esperar la tropa que llegaba. En el acto resolvimos cerrar la puerta que introduce al salón y rogamos a todos los asistentes tomasen sus asientos para esperar la invasión de la tropa en plena sesión. Hiciéronlo así y sólo quedamos de pie 10 ó 12 personas cerca de la puerta. Esta se cerró con una plancha de madera que se trajo de la imprenta y que clavaron don Juan Dorent y Antonio Torres. Otro atravesó un colihue en la abrazadera de fierro de la puerta, por lo que don Santiago Riesco ha dado después a los sucesos de este día el nombre de la *revolución del colihue*.

Los golpes de barreta para derribar la puerta no tardaron en oirse y, junto con ceder esta, abriose la galería superior del salón, invadiéndolo una muchedumbre entre la que reconocí a don Nicomedes Ossa y al joven Zegers, director de la Imprenta Nacional. Ossa desapareció al instante. Al abrirse la puerta se presentó una escena curiosa. Los soldados entraban revueltos con los asistentes, llevando sus fusiles en la mano y notóse a uno que llevaba un enorme lazo. La vista de éste y la presencia de la gente de la galería produjeron una sensación violenta de irritación. Afuera los espías, gritaron por todas partes. Custodio Gallo se lanzó hacia la puerta con un ímpetu irresistible, conteniéndolo yo apenas, diciéndole que despreciase aquella canalla. Es cuanto cabe, me respondió él; no sólo nos insultan con las bayonetas sino con la pre-

sencia de esos miserables. Chacón se adelantó y nos dijo que en el acto iba a hacer bajar aquella gente y ordenó al soldado que tenía el lazo que se retirara. La calma se restableció y la tropa como en número de 30 hombres, formó en el costado norte del salón. En ese instante toda la concurrencia dejó sus asientos y se formó en una línea confusa y agitada delante de la tropa. Algunos individuos disputaban acaloradamente con los oficiales, entre los que notaba al patriota y decidido ciudadano don Javier Errázuriz. Algunos jóvenes dispararon también dos o tres tinteros que encontraron sobre las mesas contra los intrusos que habían asaltado la galería.

En este momento subió a una mesa M. Matta y arengó a la concurrencia y a la tropa. Dijo que sería el primero en protestar contra la violencia, ofreciendo su pecho a las balas, pero que sabía que soldados chilenos no deshonorarían sus armas atacando al pueblo. Sois soldados de la patria, añadió, y ninguno de vosotros dejará de llenar vuestro deber para con ella y en prueba de esta confianza os digo: Obedeced! Y exclamó con acento esforzado: *Presenten armas!*...

Matta se había engañado, los hombres que lo escuchaban no eran soldados: eran gendarmes, policiales, gente colectiva, sin espíritu de cuerpo, sin esa espontaneidad que el soldado de línea tiene en la fila cuando oye la voz de su jefe o el toque del clarín. Los fusileros quedaron impasibles y sólo oí a Chacón que con un gesto de impaciencia exclamó: *Ya esto va pasando a otra cosa.*

Volvióse entonces hacia mí y en el acto me dijo: ¿Qué hago, pues, señor, para evitar un conflicto? Repetíle que hiciera calar bayoneta y que nos flanqueara por todo el salón y que sería el primero en salir. En el acto dió la

voz de *tercien*, pero muchos soldados se quedaron con sus armas en descanso. Estos pobres diablos estaban todos turbados y nada comprendían de lo que pasaba en aquel inmenso salón lleno de caballeros que llenaban el aire con sus gritos de: *¡Viva la República! ¡Viva la Constituyente! ¡Viva la libertad!*

La tropa, sin embargo, desfiló, y entonces yo dí el brazo a M. Matta, siendo los primeros en pisar el umbral de la puerta. Aquí estaba Guillermo Larraín que había venido con la tropa y engarzándonos por el otro brazo, salimos a la calle seguidos de toda la concurrencia y de la tropa.

La primera cuadra de la calle del Estado estaba como en un día festivo. Todos los balcones y puertas, inundados de gente ávida e inquieta. En el centro de la calle varios grupos de fusileros y más hacia la plaza una compañía de gendarmes a caballo. Llegaba en este momento el Comandante Aguilera, y a pesar de que nos instaban para que nos dispersáramos, pedíamos todos marchar a la cárcel. Esto era preciso. Si algunos hubieran querido retirarse, la policía se habría puesto en persecución de los que quedaban y de los que huían, convirtiéndose aquel acto hermoso y solemne, en una escena ridícula.

Al fin, después de unos pocos minutos de altercado, marchamos a la plaza. Al llegar a la esquina avistamos otra compañía de *gendarmes* de la guarnición militar, que se nos reunió. Con este auxilio la fuerza pasaba de 300 hombres, pues habían dos compañías de fusileros de policía de cien hombres cada una, una mitad de caballería y más de 100 gendarmes. Nos dirigíamos a la cárcel, pero a la altura de la pila se adelantó Aguilera y dió orden al oficial que mandaba la mitad que cerraba por el frente el cuadro

en que íbamos encerrados, de dirigirse al cuartel de policía. Tomamos entonces la calle del Puente y luego la de San Pablo. Al salir de la plaza los prisioneros entonaban a media voz el himno patrio. Se oían constantemente los gritos de: ¡Viva la República! ¡Viva la libertad! ¡Viva la Justicia! ¡Viva el Pueblo! Este se agrupaba en todas las bocas-calles indiferente y sorprendido. El pueblo no toma parte en la agitación política, no comprende los partidos y acaso no es capaz de comprenderlos. Pero decir por esto que el pueblo está de parte del Gobierno es una necedad. Para la oposición es indiferente, para el Gobierno sólo tiene odio.

Atravesamos por el medio de la calle y el calor era sofocante. Dije a Matta que tomáramos la sombra, porque temía que sus delicados pulmones se afectaran. ¡Nó! me respondió, *prefiero que todos me vean, y en un día como éste ¿qué importa la salud?*

Al enfrentar la calle de Morandé ocurrió un repentino desorden y se paralizó la marcha. El joven Antonio Subercaseaux llegaba a caballo a interponerse entre los prisioneros, pero antes de apearse un policial le dió con las riendas en la cara y un oficial le tiró con la espada de plana sobre un muslo, pero el animoso niño insistió contra sus agresores hasta que, rodeados de un grupo de amigos y de Souper, lo entramos al cuadro.

Luego llegamos a la puerta del cuartel, cuya guardia estaba formada y dando gritos de entusiasmo, constituidos presos por nuestra voluntad y en el nombre del derecho, entramos a los patios del cuartel de policía hasta que nos cerraron la puerta de un pequeño corral sin corredores, donde expuestos al sol quedamos más de 150 ciudadanos, guardados por dos centinelas.

Apenas habíamos entrado cuando M. Matta subió sobre un banco que ahí había y nos dirigió palabras llenas de entusiasmo, empapadas en la unción de una elocuencia verdaderamente sublime. «No os intimide, dijo, el lugar a que habéis sido conducidos. Vosotros que sois hijos de madres católicas, vosotros que habéis sido educados en los principios del cristianismo, vosotros sabéis que las grandes ideas regeneradoras de la humanidad han brotado del fondo de las cárceles, de la sangre de los mártires. Hace dieciocho siglos a que en las catacumbas de Roma gemía un puñado de creyentes, pero una voz les dijo, *esperad y con este signo vencereis*. ¿Y cuál es ese signo? La libertad, ciudadanos, la libertad que durante dieciocho siglos ha germinado en el corazón del mundo ofreciendo su sombra de bendición para los buenos y de maldición, ¿qué digo? de desprecio para los malos. No hagáis tampoco alarde de vuestro entusiasmo al llenar vuestro deber por servir esa augusta deidad de nuestros corazones: la Patria. La Patria no es el clima, no son las montañas, no son las casas de nuestras ciudades puestas en hilera. La Patria, es el honor, es la libertad, es la justicia, es el amor; la Patria son vuestras madres, vuestras hermanas, y al defenderla salvais el honor de vuestras madres y de vuestras hermanas, su pureza, su virtud, su castidad. Confíad entonces ciudadanos en los frutos de este gran día y esperad que de este recinto, brote grande y generosa la regeneración de la república por la libertad, por la justicia, por la *Constituyente*, en fin, en cuyo nombre nos hemos reunido y por cuya santa enseña vamos a padecer.»

La noble figura del joven orador; el acento palpitante

de su voz, la animación radiosa de su rostro y la elocuencia de sus palabras y más que todo el prestigio de su nombre, arrebataron de entusiasmo a todos aquellos jóvenes. Muchos lloraban, otros se abrazaban y otros aplaudían con frenesí, presentando en aquel momento el corral de la policía el bello espectáculo de todas las pasiones generosas de la juventud derramadas sin rebose de un corazón a otro y palpitando en todas las palabras, brillando en todos los semblantes. Era una miniatura del *Jeu de Paume* de 1789. Era una imagen de la futura Constituyente del porvenir.

Por lo demás, el día se pasó alegremente desde la una de la tarde en que fuimos encerrados. Comenzaron a llegar luego los obsequios de los amigos y de la familia, frutas, helados y luego las bandejas de comida. Daban a todo esto, el nombre popular de *piñata* y como tal se distribuía fraternalmente entre todos los prisioneros. Todos comieron hasta la hartura, reproduciéndose al parecer el milagro de los cinco panes.

Al rato de haber entrado se pidió por el oficial de guardia la lista de los presos. Redactóse esta, entresacándola de los pliegos en que se había firmado la protesta y se ratificó leyéndola en alta voz por el joven C. Ramón Donoso. Al *pasar esta lista de presos*, cada uno respondía a su nombre con alguna frase grotesca o entusiasta que hacía reír—*¡Firmes!* era la contestación más general—*¡Enemigo de la tiranía! ¡Constituyente! Constituyente!* eran otras—Souper respondió: *¡Enemigo de los logreros!* con su voz cerrada y simpática y con esa sonrisa de entusiasmo y alegría infantil que anima la marcialidad de su rostro.

Concluida la lista me dijeron que había 157 prisioneros. Todos ocupaban la línea de sombra que proyectaban

las paredes del patio y parecían una bandada de aves que hubiera descendido sobre aquel estrecho recinto a abrigarse contra la intensidad del calor.

No había una sola familia respetable de Santiago que no tuviera un representante en aquella reunión. Apuntaré de memoria algunos de los que recuerde.

Matta M. A., Guillermo y Tristán.

Errázuriz Javier, Ramón e Isidoro.

Gallo Custodio y Antonio María.

Lazo Nicolás, Manuel y Javier.

Vicuña Nemesio, Zenón, Francisco, Bernardino y Benjamín.

Subercaseaux Francisco y Antonio.

Morel Ramón.

Echeverría Recabarren Diego.

Guzmán Juan de la Cruz.

Toro Mazote Ramón y dos o tres de sus hijos.

Riesco Santiago.

Ortúzar Santiago.

Dorent Juan y dos hermanos.

Reyes José Tadeo.

Tocornal José.

Larraín Guillermo y Enrique.

Espejo Daniel.

Núñez Jacinto.

Ossa Juan.

Calderón José.

Bello Eduardo.

Sarabia Sabel.

Las Heras Simón.

Donoso Ramón.

Tagle Blas.

Bascuñán Agustín.

Jordán Daniel.

Stuardo José del Carmen.

Troncoso José del Carmen.

Palazuelos José A., Angel y Vicente.

Rodríguez Velasco Luis y hermano.

Varas Javier.

Undurraga Adrián.

De-Putrón Enrique.

Carrasco Alejandro y Víctor.

Carrasco Allende Manuel.

Rodríguez Joaquín.

Torres José Antonio.

Fernández Juan Carlos.

Sepúlveda Ramón y cien jóvenes más cuyos nombres en este momento no recuerdo o no conocía.

A las 3 de la tarde enviamos con un amigo que pudo introducirse al corral (E. M.) la lista de los presos y un extracto del discurso de Matta para que se publicara. A las 4 supimos por este mismo amigo que las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua habían sido declaradas en sitio. Poco después llegó un ejemplar del bando. Ramón Donoso, que hacía los oficios de secretario de aquella Asamblea, lo leyó en alta voz de pie sobre una silla, y cuando hubo concluido una voz unánime se hizo oír. *¡Que se quemé! ¡Que se quemé!* y poniéndolo en la punta de un bastón, se le arrimó un fósforo, habiéndole echado antes Antonio Torres un *de profundis* en latín que nadie ni él mismo sacerdote improvisado comprendía, pero que hizo reír a toda la reunión.

Por lo demás, cada uno parecía sentirse en su puesto y decía alguna genialidad. Custodio me propuso el hacer

una junta *secreta* juramentada, pero ¿cómo hacerla secreta en aquel corral en que todos estábamos estrechados? Cuando se hablaba de cómo se pasaría la noche, Guillermo exclamó: En las piedras vivas! Donde no hay patria cualquiera guarida es lo mismo. Don Santiago Riesco proponía desempedrar el patio y hablaba de que a la noche nos iríamos todos por los tejados. Otro hablaba sólo de la *piñata* que era el tema más popular. Los más niños se divertían con una cabra que había en un rincón y que más benéfica que el *Estado* se dejó ordeñar tranquilamente, contribuyendo su leche a aumentar el caudal de la *piñata*. Sobre el delito que había llevado este cuadrúpedo a aquel recinto, nada sé y todavía ignoro si se le haya tomado su declaración, lo que no es presumible, pues estaba incomunicada en un cuarto y amarrada de los cachos.

A la oración se anunció que saldrían todos los que pagasen \$ 50 de multa. Hubo un acuerdo unánime y espontáneo para no salir por este medio que arrojaba una sombra de ridículo sobre aquel acto que aquellos nobles jóvenes miraban como la gloriosa iniciativa de su carrera pública. A esta multa dióse también como a los jamones y fiambres de la tarde, el nombre de la *piñata*, que ciertamente era más apropiado. \$ 8,000 era cálculo de producción que se hacía para la caja de la Intendencia. Luego, sin embargo, comenzaron a llegar algunos oficiales con los recibos ya pagados por los parientes o amigos de los presos. Todos los devolvían y protestaban. No tardaron, sin embargo, en comenzar a introducirse los parientes de algunos de los cautivos y la defeción comenzó bajo precepto de obediencia por los más jóvenes. De esta suerte salieron 20 ó 30 hasta las 10 de la noche.

A las 8 comenzó el *appel nominal* de los elegidos para

el castigo. Estos eran 18. A las 3 de la tarde había sido separado Souper en medio de las bromas de sus amigos que creíamos íbamos a verlo entrar instantes después. Era al que más temían y por esto lo apartaban. ¿El Gobierno soñaba acaso con un asalto dado al cuartel? Nosotros no pensábamos sino en solemnizar en los adentros de nuestro corazón aquel día que tenía un significado tan hermoso para el porvenir.

Al fin comenzó a leerse por intervalo de 5 minutos la lista de los designados. Cada uno lo sabía, y sólo en el término que nos tocaba hacíamos conjeturas que nos divertían.

El primero fué Guillermo Matta. Hubo una gran resistencia para dejarlo salir. Algunos se armaron de bancos, silletas y una cantidad de ganchos de madera que había en un cuarto. Pero después de una larga porfía, Guillermo los disuadió. Ánimo amigos; les dijo, ánimo en la justicia, ánimo en la libertad, ánimo en el martirio y el porvenir es nuestro! El poeta salió estrechado por un solo abrazo con que sus amigos le estrechaban a la vez.

¡Don Custodio Gallo! Llamó el oficial a la puerta y el Diputado popular salió aclamado por mil vítores. Adiós amigos! Adiós compañeros! Donde quiera que me encuentre siempre estaré con vosotros. Tales fueron las palabras que iba repitiendo a medida que se alejaba. Yo fuí el tercero, y me encontré en medio de un círculo que me aclamaba. «Soy joven todavía, les dije, pero de los pocos años que he vivido, muchos he consagrado a la causa de la libertad, esa causa por la que he jurado morir, y cuyo juramento renuevo en este momento en presencia de mis nobles compañeros y de mis antiguos amigos. Viva la República! Viva la Constituyente!». Salía en

medio de todos cuando alguien me dijo: Matta quiere apretarte la mano, volví y al llegar a él, el oficial gritó desde la puerta. Don Manuel Matta! El adiós que el ilustre tribuno iba a darme tornólo entonces a la concurrencia, y como yo saliera del recinto sólo oí que lo fortalecían en la fe republicana que se despertaba en el sufrimiento y que era siempre la misma esencia inmortal pura que brillara en la plaza pública, para que dictaminara en la Moneda, para que la cargara de grillos en las cárceles.

Cuando me presenté en el patio de la policía correccional, vi al comandante Aguilera que leía, a la luz de una vela que tenía un soldado, la lista de los proscriptos y daba a un oficial los nombres, que éste repetía en el corral interior. En el acto me encerraron en el calabozo que hacía frente a la puerta poniendo llave al candado. El aposento era fétido, estrecho, y tenía miles de bichos, herencia única que dejaba escondida entre las grietas de los ladrillos, la familia de ebrios y rateros que me había precedido en aquella habitación.

Comencé a pasearme y luego sentí que golpeaban el tabique que estaba a mi derecha. Respondí con los mismos golpes. *Soy M. Matta*, me dijo una voz que oía claramente, al través de algunos adobes que faltaban en el ángulo superior del tabique. Y los dos prisioneros ya encerrados proseguimos el diálogo que minutos antes habíamos interrumpido en el corral.

El Comandante Aguilera seguía su operación en medio del grupo de soldados que inundaba el patio. A cada nombre que daba el oficial emisario, seguía una breve pausa y luego se oía en el corral un confuso vocerío de vivas y exclamaciones. Una voz vibrante, lacónica, juvenil, pronunciaba estas palabras, que oíamos claramente:

La patria del derecho y de la justicia! «Es Isidoro, me dijo Matta». No se engañaba; un minuto después pasaba por nuestros postigos la cabeza de Isidoro Errázuriz, erguida y poblada de la melena de un joven león.

Siguió Santiago Ortúzar, flemático e impasible, oyendo con igual calma los vítores de sus amigos y las órdenes de nuestros guardianes. Al pasar frente a mi calabozo díjome: «Vamos a pasar nuestra temporadita de sombra». Luego pasó Stuardo, antiguo candidato de todas las prisiones políticas y que ahora tenía el crimen de haber ascendido de una celda de la Penitenciaría a un banco de Diputados. «Adiós, mi viejo compañero», nos dijimos mutuamente. El último en llegar fué el joven Troncoso. Su delito era haber publicado dos entusiastas artículos contra el Gobierno. La cruzada ministerial era esencialmente antipublicista. El sitio era sólo un veredicto de fierro contra la imprenta.

Quando encerraban a Troncoso sacaban al patio a don Santiago Riesco. Iba tan desembarazado que parecía salía en libertad; pero lo llevaban a la cárcel. Souper había sido el primero, porque era el enemigo más osado de la Administración. Riesco tenía un delito enteramente opuesto. Había sido antiguo e íntimo amigo de Montt. El odio de Montt a sus adversarios políticos es ciego; para con sus amigos antiguos que se le han separado, ve lo suficiente para herir con más certeza y más hondamente. Esta es la lógica de Varas. Se dijo en 1851 que el único hombre a quien este político quería fusilar bajo su responsabilidad, era al juez de letras de la Serena, don Tomás Zenteno, su antiguo amigo y condiscípulo.

El oficial de guardia me hizo entrar una cama, que tendí en el suelo, y aquella noche la pasamos todos los

prisioneros puestos a *sitio* por las pulgas y otros insectos aun más ruines, como la capital lo estaba por los gendarmes, Ministros y otros satélites de la Administración.

Diciembre 13.

Todo el día incomunicado bajo de llave. Hablábamos libremente, sin embargo, con M. Matta en francés y en alta voz. Hacia medio día oí que una mano significativa golpeaba la pared que estaba a mi cabecera. Luego oí una voz confusa que pronunciaba mi nombre. Era la de Guillermo Matta. Me preguntó luego por la salud de Manuel y por un rato fuí el eco del diálogo de los dos hermanos cautivos. El padre de estos nobles jóvenes que entraba y salía del cuarto del oficial de guardia situado enfrente de mi postigo, estaba constantemente a mi vista, de modo que mi calabozo era el eslabón céntrico que daba vaga cadena de ternura, de elocuencia y de heroísmo. A mi izquierda había un prisionero mudo. Dos o tres veces durante el día golpeó tímidamente la pared divisoria, pero cuando yo hablaba el desconocido no respondía. Sólo un eco salió de aquel triste recinto, era el ruido de los grillos que el preso arrastró un instante hacia la puerta para recibir un vaso de helados que el cabo de guardia le había comprado. Era este reo el sargento del batallón cívico de Talca, Mendoza, hombre de una rara energía y que se ha negado a toda confesión sobre aquel extravagante complot. Su silencio era como su lealtad: firme, imperturbable.

Por lo demás, el día se pasó recibiendo los obsequios y los recados de la calle, en los altercados precisos con los centinelas y en divertirnos con las escenas del cuarto de los borrachos, que vacío a las 9 de la mañana iba poblán-

dose minuto por minuto hasta que a la oración no había espacio para los huéspedes recién llegados. La mayor parte eran ebrios.

Sólo a la tarde sentí la voz de Isidoro, que salió al postigo a preguntarme por la salud y por el número de artículos que había escrito. Custodio, como sacudiendo la nube de enfado y de pulgas que en el día lo había confinado, asomó también su cabeza por la reja, pero luego, el trajín y la inquietud del sargento de guardia y de los centinelas nos hizo callar por no comprometer a aquella pobre gente.

Aquel día se pasó sin más ocurrencia. Sólo a las oraciones vino un preso de los recogidos en el día a barrer mi cuarto. ¿Por qué estás preso? le dije:—*Por haberle faltado el respeto a una señora mayor!* me dijo con una ingenuidad completa.—Pues hombre, le dije, tenemos el mismo delito, porque nos acusan de faltar el respeto a esa vieja matrona que llaman la Constitución del Estado.

Diciembre 14.

A las 8 fué el Comandante Chacón a sacarme de mi calabozo y me condujo a otro patio del cuartel de policía designándome, precisamente, el mismo calabozo que hacía siete años había ocupado con José Miguel Carrera después de la revolución del 20 de Abril de 1851. Al instante reconocí mi cuna revolucionaria, con esa emoción mezclada de pena y placer con que el estudiante vuelve a ver, después de una larga vacación, las paredes del aula. La rueda había dado ya una vuelta completa y me encontraba de nuevo en mi punto de partida.

Nada había cambiado en el recinto. Las viguetas descubiertas del lecho, la sólida puerta que da salida al in-

menso patio, los dilatados corredores empedrados, todo estaba como antes, excepto la puerta de entrada al cuartel que ahora ocupa una cuadra de armas. En un ángulo del aposento había esta inscripción escrita con lápiz: *Aquí estuvieron veinte víctimas del más cruel despotismo. Diciembre 12 de 1858.* Eran los prisioneros del domingo que repartidos en todas las celdas del cuartel habían dejado algún recuerdo de su insomnio. En esta celda había también una caricatura de Varas y de Sotomayor, que yo llamo, de acuerdo con mi camarada Torres «Una galería de retratos de hombres eminentes que tapizan mi mansión»!!

Luego pasaron a la misma hilera de habitaciones a Antonio Torres, José Stuardo y el último a Custodio Gallo. Al pasar éste por mi puerta, detúvose, y aunque incomunicados, un instante pudimos hablar. Recordamos ambos una coincidencia singular. Fué un terco saludo que nos hicimos hace siete años, él desde la puerta de la mayoría, mozo y arrogante Comandante del batallón número 4 y yo, prisionero, desde el dintel de mi calabozo. Ahora, un frágil tabique nos separaba a ambos, ecos de la misma causa, soldados de la misma empresa, más vieja en mi corazón, pero no menos leal y viril en el suyo. El resto del día lo pasamos incomunicados. Sin embargo, yo enviaba y recibía papeles de Nemesio, mi hermano que era mi confidente exterior. A las oraciones vino el Comandante Chacón a anunciarme que el juez Ramírez vendría a tomarnos nuestra declaración en la noche. Este digno jefe permaneció por más de una hora conversando conmigo en mi solitario aposento.

A las 8 vino a buscarme para comparecer ante el juez que me aguardaba en el juzgado, en el patio en que había

estado encerrado el día anterior. El juez me recibió con frialdad pero con cortesía. No me ofreció asiento, y cuando reclamé este fuero, se me negó, a menos que yo mismo quisiera escribir mi declaración. No lo consentí, prefería estar de pie con los brazos cruzados como reo de Estado más bien, que servir de amanuense a Su Señoría. Sin embargo, dicté una buena parte del pliego que contuvo mi declaración, que no es sino un extracto sucinto de lo que dije relacionado el día 12, respecto a mí mismo.

Cuando regresaba al cuartel, mi hermano me salió al encuentro, y cuando íbamos a abrazarnos, el oficial que me conducía se interpuso y el abrazo se hizo entonces triple, bien que el señor oficial no sintiera que había mucha cordialidad en aquel apretón que le invadió por los dos flancos.

Los otros presos, los dos Matta, Isidoro y Ortúzar fueron transportados hoy a la cárcel. Sólo el joven Troncoso quedó encerrado en su calabozo del primer día, que es el depósito de los que traen muertos a la policía. Se quiere castigar en él el asomo audaz de la juventud a la vida pública. Souper está enfermo en el cuartel de gendarmes, pero le han negado la asistencia del médico Padín que él pidió. Riesco estaba ya en la cárcel. Todos los otros salieron hoy en libertad, habiendo reunido en muy pocas horas los \$ 900 que se necesitaban para pagar la multa de los últimos 18 arrestados, cinco de los que habían pasado ya al presidio urbano.

Por la noche escribí a Custodio, diciéndole que ya había tomado mi *purgante* y que al día siguiente temprano tomaría el suyo. Metí el papel en un tomo de Lamartine: lo envié con el oficial de guardia, un alférez Orellana, que lo recibió con una sonrisa. Estrájolo éste, pero a la mañana

siguiente, manos más leales que las tuyas me devolvieron aquellas líneas, que puestas en manos del juez habrían sido el motivo de no pocas torturas. En la noche se me notificó la suspensión de la Asamblea Constituyente.

Diciembre 15.

A las 12 del día, después que Gallo y Stuardo prestaron sus declaraciones fuimos puestos comunicados. Empleamos la tarde en recibir visitas y arreglar nuestro calabozo. En la noche escribí la mitad de estas notas.

Diciembre 16.

Hoy hemos tenido visitas durante todo el día desde las 9 hasta las oraciones en que se despide la tertulia por el oficial de guardia. La familia de mi inolvidable amigo vino a verme; un ángel santificaba mi sombría morada, el recuerdo de una tumba doblemente querida, despertaba la cuerda encallecida de las emociones y lágrimas de una bendita ternura asomaban en los ojos de quien era parte de mi vida y de mi pasado. Sólo las visitas de familia me agradan verdaderamente; las demás, excepto la presencia de unos pocos amigos, me contraría porque no hay sino curiosidad y la novedad del día.

Todos los compañeros estamos incomunicados entre nosotros, pero poco a poco hemos ido violando la consigna y esta noche hemos tenido un diálogo animado de más de dos horas con Custodio, Stuardo y Torres a lo largo del corredor, que una luna brillante ilumina, mientras que la brigada que entrara de servicio a media noche duerme en el centro del patio como un campamento de beduinos. Torres es el único incomunicado por una venganza personal o inspirada del juez,—pero no por eso es el menos jovial.

Pide que le traigan toda clase de muebles para su comodidad y entre éstos al juez, que es el que más necesita. Dedicó versos a M. Matta, y hace fábulas filosóficas a sus camaradas, o compone tonadas para el Comandante Aguilera que le ha impuesto esta penitencia. Stuardo está algo triste y Custodio en su cuerda. Ha hecho colgar una hamaca en las paredes del calabozo y pasa todo el día en mangas de camisa recibiendo a sus amigos. En la tarde hemos sabido la acusación de la *Convocatoria*, publicada en el último número de la *Asamblea Constituyente*, y que hoy se había sorteado el primer jurado saliendo todos los gobiernistas. Escribimos a Guillermo a la cárcel para que arregle lo conveniente para las diligencias sucesivas. Nombraremos a Guillermo de personero si nos niegan la palabra a cada uno. Su corazón y sus pulmones no nos harán traición. A Manuel rebosándole aquel podrían faltarle los últimos.

Han corrido hoy todo género de rumores. En Valparaíso el número 3 de línea había sido desarmado, puesto a bordo de la *Esmeralda*. De Concepción había llegado un *propio* con la nueva de que quedaban batiéndose en las calles de la ciudad. San Fernando estaba sublevado. Se había visto salir 150 granaderos para Valparaíso, etc., etc. Sin duda ninguna la atmósfera de Diciembre está belicosa.

Diciembre 17.

A las 12 del día se me intimó la orden de pasar a la cárcel pública. Al momento me vestí y me puse en marcha, acompañado de un oficial Chavarría y D. Vicente Larraín y Carlos Vandorse, mi amable vecino de cuartel, que me había suministrado cuanto necesitaba para mi bienestar.

En la cárcel tuve el gusto de abrazar a los dos Matta, Isidoro, Santiago Ortúzar, D. Santiago Errázuriz, y tres hermanos Dorent, jóvenes patriotas e inteligentes. Comparaba esta visita a la cárcel con la que había hecho en 1851, conducido entre cuatro soldados y mi enérgica pena de aquellos días estaba ahora convertida en la fácil alegría de ver a mis compañeros. Luego nos llamó el juez, habiendo llegado C. Gallo para reconocer nuestros artículos acusados en el número 13 de la *Asamblea*, se me designó a mí para que representando a los demás, sorteara al día siguiente a las 12 el jurado que debía fallar las acusaciones, pues en la mañana de este día se había declarado por el primer jurado haber lugar a formación de causa. Todos los jurados sorteados eran ministeriales, excepto D. Eugenio Matta, padre de los dos acusados, que hizo a sus concolegas la sola reflexión de que estando suspendida la Constitución por el *sitio* era inútil el reunir tal jurado.

En la tarde hubo una afluencia considerable de visitas. Todos los balcones estaban llenos y en el centro del patio se había hecho un gran círculo en el que se notaba a Custodio en su traje favorito, esto es, en mangas de camisa. Habían más de 60 personas. A mi me dieron por alojamiento un cuarto fétido en una extremidad del primer patio, pero el alcaide, D. Manuel Zúñiga y el llavero Vergara, mis conocidos desde 1851, me desalojaron el calabozo número 6 en el primer piso, cuarto espacioso y fresco en el que esta noche quedé instalado.

Diciembre 18.

A las 12 hice el sorteo. Habíamos procedido ya sin la asistencia del fiscal (rara rectitud para estos tiempos y que acaso escondía un lazo) pero fué preciso el sacar las

cédulas del sombrero en que las habíamos echado para entresacar los 6 nombres que yo había recusado, cuando llegó el fiscal D. Pedro Lira, que había recibido orden de recusar nuestros mejores votos. Fueron estos D. Ignacio Ortúzar, Alvaro Covarrubias, Javier y Federico Errázuriz, Gregorio Víctor Amunátegui y Aniceto Vergara Albano.

Procedimos al sorteo sacando yo un voto y el fiscal otro, siendo la lista de los diez jurados la siguiente:

Francisco Marín, liberal.

Pedro N. Cruzat, liberal.

Melchor de S. Concha, liberal.

Manuel Ramón Infante, dudoso, ausente en San Fernando.

José Manuel Valdés, ministerial.

José Rafael Echeverría, dudoso.

Santos Izquierdo, ministerial.

Suplentes:

Manuel José de la Cerda	} ministeriales.
Pedro Ovalle Errázuriz	
Luis García Huidobro	

Había tenido, pues, mala mano. Teníamos tres propietarios seguros, pero don Melchor Concha estaba en su hacienda de Huechún y el dudoso probable, Infante, en San Fernando. De Echeverría se abrigaban débiles esperanzas, pero de los otros tres y de los tres suplentes se sabía de seguro que tenían hipotecada su conciencia al Gobierno.

Más de 50 personas esperaban el resultado con la mayor ansiedad, y al instante se procedió a tōmar algunas

medidas. Escribimos a Concha una carta firmada por los 5 acusados, llamándolo como a uno de los antiguos adalides de la Constitución de 1828. Escribí también a Damiana Toro y en la noche salió Melchor, su hijo, para la hacienda, regresando con su padre al siguiente día, a las 8 de la noche. José Tocornal fué a activar que de su familia vieran a don Fco. Ruiz Tagle, patrón de Echeverría en el arriendo de la Calera. Sobre los demás no se pensó en nada porque se consideraban o seguros o perdidos.

Por la mañana antes de levantarme vinieron a despedirse a mi reja M. Matta y C. Gallo que volvieron a ser conducidos al cuartel de policía, en virtud de una orden del juez, por no considerarlos responsables por sus artículos, no habiéndoseles allanado su fuero de diputados. Ambos se iban contentos porque estábamos resueltos a todo. Manuel me hizo notar un curioso letrero que había escrito en la pared y que decía esta verdad grande en su propia vulgaridad *Viva Chile! Menos sus infames leyes!* Hoy hice blanquear mi cuarto por librarme de los bichos que cubren las paredes. Lo mismo han hecho los otros compañeros por lo que nos preparamos a pasar al Gobierno la cuenta correspondiente de las *mejoras* que hemos hecho en el establecimiento. Sin embargo, en recompensa, el juez de semana don José Alejo Valenzuela, en su visita de cárcel de hoy sábado, nos ha hecho poner en vigencia con todo su rigor el reglamento de cárcel. Este fué formado por don Máximo Mujica y no hay mejor descripción para pintar su dureza. Desde luego quedamos sujetos a las mismas prescripciones de todos los criminales. Ninguna visita entra a vernos ni aun los criados para asearnos las piezas y servirnos la comida. Este servicio lo hacemos nosotros mismos o alguno de los presos. Desde

las 10 hasta las 2 de la tarde podemos ver a nuestros amigos en la reja, convirtiéndonos en monjas. A las 10 de la noche debemos estar todos en nuestros calabozos, bajo de llave, y si mantenemos luz es por contrabando.

Diciembre 19.

Hoy nos hemos ocupado de nuestras defensas para el jurado de mañana. Yo concluí la mía a las 12 de la noche y consta de tres pliegos. Esto lo hemos hecho a la ligera y sin dar mucha importancia al acto, porque no porque pudiéramos hacer milagros de elocuencia, haríamos el milagro de ser absueltos. Se hablaba mucho de la posibilidad de que Echeverría hiciera justicia y a la noche se nos anunció la llegada de Concha.

Diciembre 20.

Desde temprano nos preparamos para nuestras defensas y a las 11 fuimos llamados al jurado.

Compañalo Marín, Cruzat y Concha, independientes; Echeverría, dudoso, e Izquierdo; Valdés y Pedro Ovalle, 2.º suplente que enfermo y con cáustico en el cuello dejó la cama para reemplazar a Cerda 1.º suplente, de quien el Gobierno podía tener un leve temor por la influencia en el debate de su tío Concha. El capítulo del Gobierno era seguro de esta suerte, porque Echeverría, bajo las apariencias de la moderación, era un beato hipócrita que dijo según se aseguró que condenaba los artículos por llevar la firma de los Matta y porque ya la prensa de oposición había fregado bastante al Gobierno y era preciso que éste *fregase* a su turno a la oposición. A las 10 de la mañana Carlos Mac-Clure le había llevado a casa de Cousiño donde había concluído de rematar su conciencia. De los otros

tres, dos eran parientes del acusador Ministro Ovalle (su suegro y su hermano) y el otro primo del Ministro Urmeneta. Al lado derecho del Juez Ramírez estaba el Fiscal Lira como avergonzado de antemano del papel que iba a representar y de las amargas verdades que iba a oír. Los siete jueces ocupaban los primeros asientos y el resto lo ocupamos los cuatro acusados: G. Matta, I. Errázuriz, Troncoso y el impresor Núñez que respondía por Gallo y M. Matta. Los abogados A. Reyes, Marcial Martínez y Alvaro Covarrubias, entraron también con nosotros, siendo el 2.º abogado casual de Núñez y el último de Troncoso. El secretario del Juzgado, mi condiscípulo Donato Morel, leyó, inmediatamente después de haber tomado juramento el juez a los jurados, la acusación fiscal que era lacónica y los párrafos acusados de los artículos denunciados. La fórmula del juramento fué la siguiente: «¿Juráis por Dios Nuestro Señor y sus santos Evangelios desempeñar fielmente el cargo que se os confía, calificando con imparcialidad y justicia, según vuestro leal saber y entender, el impreso acusado que se os presenta?»

Los jurados contestaron: «Sí, juramos». El juez añadió: «Y si no, os lo demande».

Invirtiéndolo el orden de la acusación, el juez dió la palabra a Covarrubias, el defensor de Troncoso. Alegó cerca de una hora, con estudio y profundidad, sobre la ley de imprenta, ante la cual el artículo acusado no era injurioso, y con brillo sobre el proceso que hizo a la administración. El juez lo oyó con tolerancia y sólo lo llamó «al orden» cuando calificó al Ministro Urmeneta de *mentiroso*. Seguí yo después, que me había encargado de la defensa de mi propio artículo y de la convocatoria delan-

te de la Constitución. No me turbé y mi voz fué enérgica y sentida en un discurso de cerca de media hora.

Siguió Isidoro. Al principio algo turbado, concluyó con energía. Habló de la grandeza de la idea de la Constituyente. Dijo que no era esta idea salvadora, sino la de la resistencia, la que constituía una verdadera sedición. Dió algún tiro al fiscal, señalando su asistencia al banquete del 19 de Octubre, en que se había brindado por la Constituyente, y concluyó invocando la conciencia de los jurados y su respeto por la libertad de imprenta.

Guillermo habló en seguida, o más bien, leyó un discurso noble, pero frío, en que hacía la revista de muchos crímenes de la administración y concluía por manifestar la pureza de su patriotismo. Hablaba como un hombre que estaba seguro de que sería condenado.

Núñez leyó una corta defensa que le había escrito M. Martínez en la mañana.

Troncoso pidió la palabra y charló un cuarto de hora sobre su artículo con gran descontento del auditorio.

El fiscal sostuvo su acusación respecto de Troncoso con las mismas palabras que acabo de decir y respecto de la Convocatoria en los artículos de la Constitución, que yo había combatido diciendo que hacía justicia a nuestras nobles intenciones, pero que sin quererlo habíamos violado la Constitución y, por lo tanto, éramos sediciosos. Jamás se vió vergüenza igual!

El juez hizo una reseña breve e imparcial, refiriéndose principalmente a las defensas hechas, y nos retiramos a las 3 de la tarde. Veinte personas habían asistido a aquel acto desde la barra. En la plaza habían más de cien jóvenes al rayo del sol, desde las 10 de la mañana, a pesar de

que los centinelas les prohibían acercarse hasta la entrada de las Cajas.

Todos los asistentes a la barra aguardamos el veredicto hasta las 5. Nosotros no teníamos ninguna impaciencia, porque la demora era señal de que seríamos condenados.

A las 5 nos llamó el juez, y en presencia de los jurados nos hizo saber que la Convocatoria era culpable de infracción del artículo 1.º de la ley de imprenta, el artículo de Troncoso del artículo 10 y el mío absuelto. Guillermo sólo dijo: *Gracias!* y al pasar de nuevo a la cárcel dijimos a los amigos que nos saludaban desde la plaza: *Viva la libertad!*

Lo que había sucedido en el debate era de una vergüenza indecible. Concha, al retirarse, dijo a mi hermano que no sabía cómo no se había muerto al ver tanta infamia. Los 4 jurados habían cumplido con la orden de la Moneda, mudos, impasibles y sin rubor. Sólo P. Ovalle había sostenido los argumentos, llamando en su auxilio al juez de cuando en cuando.

Marín les recordó en vano su juramento y sólo por Cruzat absolvieron mi artículo, libertándome de una doble pena, pero cayendo en la más monstruosa inconsecuencia, porque era mi artículo la verdadera Convocatoria, siendo el anuncio que ellos condenaron un simple anuncio o cartel.

Era natural que todo esto fuera recibido con indignación y con desprecio. Nosotros lo recibimos impasible y no volvimos a acordarnos más.

Diciembre 21.

Hoy, a las 2 de la tarde, nos notificaron la sentencia del juez Ramírez, que yo leí en alta voz desde la reja, es-

cuchándome Matta, Isidoro, Núñez, Troncoso y los demás compañeros. La pena es de 3 años de destierro fuera del país y \$ 1,000 de multa *in solidum*. A Troncoso \$ 800 por injurioso.

Para mí y los amigos esta sentencia fué motivo de risa y seguimos haciendo lo que todos los días.

Diciembre 22.

Temprano presentamos un escrito, diciendo que rehusábamos la apelación y todo recurso en la sentencia pronunciada. En consecuencia, me llamó el juez para convencerme de que debíamos apelar, porque tal vez su sentencia era demasiado dura y así lo había dicho el secretario el día anterior, creyendo que apelaríamos cuando se nos notificara. Fuí inexorable y le dije que cualquier cambio que hiciera la Corte podía hacerlo de oficio. Núñez y Troncoso sólo apelaron.

A las 3 vino M. A. Tocornal para defender a Núñez. Como el Domingo, volvimos a tener discusiones sobre que no debíamos renunciar los recursos que nos da la ley y los que nosotros tiramos y claramente despreciamos.

Desde ayer tengo un compañero en mi calabozo, un pichón blanco. El simboliza un recuerdo grato a mi corazón. Una esperanza que ha venido a sonreír a mi lóbrega morada. En la tarde, seres que están cerca de esa esperanza han estrechado mi mano al través de las sucias rejas del pórtico.

Nuestra vida no es desagradable y casi no tengo un solo momento de fastidio, aunque sí algunos de tristeza, pero breves. Me levanto a las 8 y luego almuerzo con Guillermo y S. Ortúzar, charlando hasta las 12. Después paseo por toda la cárcel, hablo con las visitas en la puerta,

oigo las consultas de los presos, recibo los numerosos regalos de la familia y amigos, y de cualquiera manera se entera el tiempo hasta la hora de comer.

Después vemos a los amigos que vienen a la reja, nos paseamos, y desde la oración tenemos tertulia en el cuarto de Ortúzar hasta las 10 de la noche, en que nos vamos a nuestros calabozos. Yo siempre les cuento algo de mis viejas aventuras, que entretienen la velada. Los Dorent son mis más ávidos oyentes, mientras que con Guillermo tenemos frecuentes pleitos, y con Ortúzar, bromas, y con Isidoro, proyectos para el porvenir. Hoy he recibido cartas de mis hermanos que abundan en el espíritu que a mi me anima. Sólo el pobre Juan había estado bastante enfermo en el Melón.

Diciembre 23.

Hoy hubo solemne visita de cárcel. El General Vidaurre, vestido de gran parada, y el Ministro de la Corte de Apelaciones, Valenzuela Castillo, recorrieron todos los calabozos, y desde la puerta del mío, me preguntó éste si teníamos algún reclamo. Me levanté como el dueño de la celda y le dije secamente que ninguno. Habíamos convenido sólo en pedir indulto de las letrinas que son insoportables.

El juez nos mandó con el llavero Vergara una fórmula para que nombrásemos abogados, y en contestación a la indignidad del mensajero, comenzamos a apuntar los nombres de Diego Bórquez, Chopitea y otros, como nuestros defensores, hasta que llegó G. Matta, y rompimos el pliego declarando que no nombrábamos ningún defensor y no nos defendíamos tampoco.

Diciembre 24.

Hoy a medio día se nos notificó una vista del agente fiscal, pidiendo que se recibiera la causa a prueba. Contestamos unánimamente por un escrito negándonos y renunciando la prueba, la defensa, la apelación, etc., y estando sólo a las acusaciones del Intendente, el Ministro del Interior, el Fiscal, el Juez, etc.

Mandamos este escrito a San Pablo para que lo firmaran los otros compañeros, pero ahí se acordó otra cosa con la intervención de Marcial Martínez, y aun no sé lo que resulte.

Estamos en plena Noche Buena y las hijas del Alcaide cantan los aguinaldos.

Diciembre 25.

Este día y el 26 lo ocupé en escribir apuntes sobre los sucesos del día.

Diciembre 27.

Este día vino el General Bulnes con don Juan de Dios Correa a ver a S. Ortúzar, y a consecuencia de esta visita, han comenzado a hacer más estrictas las prisiones. En la policía sólo dejan entrar a los parientes. A Souper le han llevado orden por escrito para que no entren sino sus padres (en Inglaterra) y su mujer en *Talca*. En la cárcel se ha prohibido enteramente la entrada, excepto a la reja, y se ha revivido el reglamento de Mujica en todo su rigor, lo que hacía muchos años no se practicaba.

Desde este día he comenzado a seguir mis trabajos históricos interrumpidos.

Diciembre 30.

Anoche a las oraciones nos encerraron en nuestras piezas, habiendo venido los jueces del crimen a dar esta orden a las 7 de la tarde.

Cada día la estrictez es mayor.

Diciembre 31.

Sigo mis trabajos históricos. Generalmente me acuesto después de las 12 de la noche. Nada de particular en este día. Sólo que la estrictez sube de punto. El oficial de guardia tiene orden de tomar todas las llaves de nuestros calabozos a las 10 de la noche. Continué hoy mis trabajos sobre el Sitio de la Serena.

Por un oficio del Ministro de Justicia trasmitido esta tarde a las 7 por los dos jueces del crimen, se nos ha encerrado a las oraciones, junto con los otros presos. El sistema penitenciario está en todo su rigor. Se restableció para nosotros el reglamento y, como pareciera poco estricto, todavía se ha hecho más severo para nosotros. Nuestro carcelero mayor, el señor Ministro Sotomayor, nos ha mandado de regalo de Año Nuevo algunos candados para nuestros calabozos; luego vendrán los grillos, etc.

1859

Enero 1.º

— Cuando tocaban en el reloj de las Cajas las campanadas de las 12 de la noche, que dividían el año que se iba y el año que llegaba, yo iba a elevar al cielo una súplica por ese cambio que siempre hemos anhelado en la suerte de la Patria y en la propia, cuando el chillón alerta de los centinelas y los golpes que un cabo daba a un soldado en el retén del patio, me hizo pensar en mi situación. Iba

acaso a maldecir aquella hora, pero réime más bien de la casualidad que me hacía entrar en el año nuevo al son de varillazos. Este día he escrito seis o siete horas sobre el Sitio de la Serena, concluyendo a las 12 de la noche el 7.º capítulo.

Enero 2.

Dediqué este día a un adiós que escribí y copié trabajando hasta las 2 de la mañana. El resto de la noche apenas dormí, por la fiebre que me causa el uso del té y del café. Hago, sin embargo, un constante ejercicio; a pesar de los calores de la estación, la cárcel es bastante fresca, por su situación en un ángulo de la plaza. La sombra de algunas acacias es un grato refugio. Sólo nos mortifica el continuo llamado a la reja de las visitas, las que tenemos que recibir de pie y con la espalda al sol. Para hacer más expeditas nuestras recepciones, nos llamamos unos a otros por el número de nuestros calabozos: Guillermo tiene el 17 con S. Ortúzar. Yo el 6. Don Santiago el 5, etc. Tuvimos hoy muchas visitas, y entre otras, a mi antiguo compañero de prisión J. M. Carrera.

Enero 3.

Hoy, a las 4 de la tarde, nos notificaron la vista del Fiscal Herquíñigo, en que pide se nos aplique la pena de la ley 2.ª, t. 2.º, partida 7.ª, que dice que como traidores debemos *morir por ende*. Esta frase nos ha divertido grandemente y servido a nuestras chuscadas. Se nos conceden 48 horas para nuestras defensas, y aunque siempre hay discordia sobre lo que debe hacerse, llevando la contra Guillermo, yo no me defiendo, porque es del todo inútil y ridículo. Supongo que 8 ó 10 días más nos saquen desterrados. Creo no haber tenido en cerca de 20 días que

estoy en la cárcel un solo momento de aburrimiento. Mi defensa llegó ayer publicada en el *Eco de San Fernando*, núm. 7. El artículo editorial que la precede ha sido acusado al jurado! He tenido en estos días una polémica epistolar con el célebre don Antonio Larraín, que nos ha divertido mucho.

Hoy he trabajado desde las 8 de la noche hasta las 11 en el Sitio de la Serena.

Enero 4.

Trabajo este día hasta 1 de la mañana y escribo todo el capítulo 8.º del Sitio de la Serena.

Enero 5.

Sin novedad. Monotonía, pero no aburrimiento. A las 6 de la tarde vino un cabo de policía con dos soldados a llevar 5 pares de grillos para los reos de Talca, condenados por Mountt a la Penitenciaría por 10 años: José Domingo Canto, jefe, y los sargentos Andrés Aravena, Pedro N. Cubillos, Celestino Céspedes, Manuel Sepúlveda y Lorenzo Mendoza, éstos por 4 años. El sargento Lobos, delator, fué absuelto por Vidaurre Leal como *leal*.

Los grillos estaban mohosos, pero comienzan a usarse para los reos políticos. A las oraciones los volvieron, sin embargo, porque ya se los habían llevado. Muy mala noche y dolor en el hígado por el uso del té y café. Cuando amanecía, a las 4, me dormí.

Enero 6.

Pascua de Reyes. Se pasa como cualquier otro día, algo excitado por la salud de Manuelita, que ya está muy mejor, pero tuvo anoche un ataque.

Enero 7, 8, 9 y 10.

Nada de notable. He trabajado en estos cuatro días 4 capítulos de la Historia del Sitio, el 9, 10, 11 y 12. Hoy 10, nos han notificado la sentencia de muerte, del juez Ramírez, lo que nos ha divertido.

Nemesio me hace sus visitas por la reja. Hoy hace un año que se casó y yo tenía motivos para congratularlo, a mi manera, por este aniversario....

Enero 11.

Hoy, a las 9 de la mañana, tuvimos la primera noticia de la revolución de Copiapó. Todo el día ha habido mucha animación, contento, noticias y mentiras.

El Gobierno lo supo por un parte telegráfico a las 5 de la tarde de ayer traído por un vapor de Coquimbo. Arreglé hoy mis papeles del Sitio para quedar expedito por si nos llevan a la Penitenciaría.

Enero 12.

Hace un mes hoy de nuestra prisión. Sigue el movimiento de noticias y mentiras. Todo el día se ha dado por cierta la sublevación del Sur, desde Talca.

En la noche hicimos una visita al verdugo Pedro Pozo, con Isidoro.

Enero 13.

Como ayer. Hoy han puesto grillos a Souper. El Comandante Carvallo vino a la cárcel y dió la orden de que el centinela que hablase con nosotros recibiría 100 palos. En consecuencia, no bajarían de 2,000 los que tendrían que dar a estas horas. A las 9 de la noche nos han avisado los llaveros la fuga de C. Gallo.

Enero 14.

Hoy, al despertar, a las 8, oía las voces de mis compañeros que me decían que me buscaban en la puerta. Como se repitieran sus gritos, me levanté en camisa y me asomé al postigo, a lo que Salazar, que era él el que estaba en frente de mi cuarto, prorrumpió en una gran carcajada, diciéndome: *Compañero, nos han fregado.*

Anoche, a la 1 y tres cuartos, en efecto, traje un granadero desde la Moneda una orden del Intendente para ponernos a todos en estricta incomunicación. Nos habían dejado, pues, las llaves puestas y por esto era la algazara de los que ya habían sido notificados creyendo que yo iba a intentar salir.

La incomunicación ha durado todo el día, el que lo he pasado alegremente, escribiendo casi todo el tiempo hasta este momento que son las 11.

Nos dicen muchas noticias vagas, pero nada sabemos de cierto, excepto que la fuga de Gallo era mentira, lo que nos hace sospechar que haya alguna novedad de bulto.

A las 7 de esta tarde los presos del patio que veían un considerable gentío en la plaza, nos informaron que traían preso al *general Almeida* que había sido tomado sin pasaporte en el puente de San Felipe, dirigiéndose al Norte.

Poco más tarde llegó Ignacio Ossa, pero una hora después salió en libertad, haciéndome una *visita de médico*, como yo le decía.

Enero 15.

Sigue nuestra incomunicación. Ninguna noticia positiva. A las 4 de la tarde se nos notificó que podíamos ver a

nuestros defensores. Yo nombré a M. Carrasco que vino a verme en la tarde.

Enero 16.

Hoy a las 3 recibí una cartita, fecha 8, de La Serena. Contradice en parte los oficios y cartas que hoy publica un suplemento del *Ferrocarril* que pintan la revolución de Copiapó como un motín ridículo.

Nuestra incomunicación no nos impide hablar, bien que a gritos o en francés para burlarnos de los espías.

Por mi parte, yo casi estoy más contento. La soledad me agrada y trabajo bastante. Hoy he escrito todo el capítulo 15 del Sitio de La Serena, del que estoy contento. Sólo me faltan 5 capítulos para concluir. Son las 12 de la noche.

Enero 17, 18, 19 y 20.

Estos días he seguido escribiendo con mucho tesón el Sitio de La Serena, trabajando un capítulo diario, lo que es tarea brava. Hoy he concluído. En 20 días he escrito (desde el 1.º de Enero) los 13 capítulos últimos, y en la última semana puedo decir que he escrito 8 capítulos. El resto de los capítulos ha sido tarea de otros 20 días, y dando el tiempo necesario para la recolección de apuntes que he hecho últimamente, puede decirse que este trabajo es el fruto de dos meses de consagración. Será un grueso volumen y ofrecerá un interés palpitante. Como de costumbre, al concluir una obra, he dado gracias al Altísimo por este bien.

Merced a esta tarea que me ha enervado bastante, lo he pasado bien en mi incomunicación, hasta aquí. Hoy encuentro que el calabozo me agrada en su soledad, que

me hace sentirme más libre, porque no son los fierros sino los hombres los que me encadenan. Cuando me despierto por la mañana y veo desde la sombra fresca de mi celda el claro brillo del sol al través de los árboles del patio, siento siempre una emoción grata y feliz. Por lo demás, el alma está habituada a los sinsabores.

Nuestro tedio profundo por la tardanza del Sud parece que terminará. Hoy se anuncia la sublevación de Talca.

Enero 21.

El movimiento de Talca ha disminuido de interés porque eso es una insurrección general, pero siempre es de mucha importancia.

Hoy no he escrito. Las últimas tareas han estropeado algo mi cerebro y hoy me ha dolido un poco la cabeza, accidente raro en mis tareas. Sólo he leído y borroneado papel copiando láminas del *Correo de Ultramar*. He leído en esta publicación una novela que me ha interesado mucho, *Gerifalta*, por Carlos de Besnard. Es análoga a mi situación, a mi carácter, quizás a mi vida. Su estilo es magnífico, y su soltura y brillo acaso ha dado algún reflejo sobre el mío en los últimos capítulos del Sitio.

Enero 22.

Hoy he escrito el Epílogo del libro, con lo que la tarea está concluída. Me ocuparé ahora en revisar, en lo que debo darme prisa porque la celeridad con que la Corte empuja la causa nos hace creer que en 4 ó 6 días más estaremos a bordo de la *Chile* o en la Penitenciaría, donde han llevado ayer a Souper.

Son las 12 de la noche.

Enero 23.

Domingo. Día estéril, rumores, mentiras; pero parece que la revolución del Sud se ha desvanecido. Pero en general, el aspecto de la revolución es nuevo y formidable. No se concentra como la de 1851, se fracciona y desparrama.

De todos modos, hay resolución para lo que venga.

Hoy han entrado a la cárcel 30 huéspedes traídos de Valparaíso, la mayor parte con grillos. Son condenados a Penitenciaría que vienen de las provincias, y entre ellos seis locos. Su cortejo, al atravesar el patio, era lúgubre y siniestro como el corazón de don Manuel Montt. Hoy los locos han tenido en alarma la cárcel.

¿Qué hacen los jueces que no los destinan?

Hoy he corregido algunos capítulos del Sitio para dejar la obra lista para la prensa. En la noche las mentiras seguían y hasta el centinela me despertó a las 2 de la mañana para dárme las y codear alguna recompensa.

Enero 24.

Como ayer mentiras. Pero más desconsuelos. He corregido el Sitio. En la noche he trabajado 5 horas en corregir los capítulos 14 y 15, es decir, que he empleado la mitad del tiempo en que lo he escrito, porque generalmente me demoro 5, 6 u 8 horas en escribir un capítulo de estos, según su extensión.

Espero que el Jueves o Viernes nos saquen para Valparaíso.

Enero 25 y 26.

He trabajado estos 2 días en la historia del Sitio que concluía hoy a las 4 de la tarde del todo. Son 700 pági-

nas escritas en unos 40 días, habiendo preparado los materiales en 20 días. Hace esto un término medio de 16 ó 17 páginas diarias. Todo lo metí en un paquete que he confiado a mi hermano Nemesio, mi fiel y único compañero en estos días de prueba que tienen tantas amarguras.

Enero 27 y 28.

En estos dos días he leído la *Historia de Carlos XII*, por Voltaire. Conozco al héroe más grande del mundo. Es imposible que haya un hombre más verdaderamente valiente. Esta clase de lecturas fortifica el espíritu en las prisiones. Vale por cierto más que las melodiosas, pero pusilánimes páginas de Silvio Pellico, y quien al fin murió apóstata en sus creencias.

Hoy 28 hemos tenido nuestra parodia judicial en la causa en que estamos condenados a muerte.

Ayer la Corte nos concedió asistir al Tribunal y hoy nos preparábamos para ello; pero el Intendente se opuso por *temores* ridículos.

Esto dió lugar a una serie de avisos y contra-avisos con el Intendente, hasta que la Corte resolvió venir y se instaló en el Juzgado del Crimen.

Poco después de las 12 fuimos llamados. Presidía Cerda y mascaba un palito. A su derecha Palma, con anteojos verdes y grandes botas. Valenzuela con su traje esmerado, frente espaciosa, mirada ardiente, boca grande y enérgica. Al otro lado Barriga a quien no vi hacer un solo movimiento en 3 horas, y Sanfuentes, feo, suave e impasible.

El relator Fierro hizo una rápida relación. Tocornal (M. A.) habló por C. Gallo, Ortúzar y Riesco. Resumió toda la cuestión legal. Habló bien, con moderación, con franqueza y con estudio, su discurso que no dejaba que

decir. Los alegatos duraron una hora y media. Habló después M. Martínez por G. Matta dos palabras, B. Alamos iba a hablar por Isidoro Errázuriz, pero alguien establece que las necesidades de la convocatoria de una Asamblea Constituyente, era injuriosa. Cerda le tapó la boca. El abogado Grez que defendía a Torres iba a citar un caso histórico de un ilustre ateniense y lo hicieron callar. A las 3½ se levantó la sesión. A nosotros nos pusieron en un cuarto oscuro de antesala. Hoy entró Nemesio a verme después de 15 días de incomunicación.

Enero 29.

Hoy por primera vez hemos tenido noticias ciertas del Sur. Concepción y el Maule estaban revolucionados. En 20 días de revolución, desde el 11 en que se supo la de Copiapó, no hay mentira que no se haya corrido. La sublevación de la *Esmeralda*. El levantamiento de Coquimbo. El de San Felipe cuando trajeron a Lara y a García. La toma de Rancagua, por una guerrilla de Rafael Correa de 300 hombres. La muerte del Mayor Contreras por sus soldados, que todos vieron muerto, etc. Otra nueva era de que a Copiapó habían llegado 300 cuyanos de San Juan y lo más original es que se ha contado que Diego Barros Arana venía con 300 mendocinos a invadir a Aconcagua, cual otro San Martín. Los absurdos del gobierno no han sido inferiores. El telégrafo es el encargado de mentir y de decir tonteras. Así el Intendente Lavín escribe de San Fernando cuando los *gendarmes*, que para apresurar su marcha se buscaban carretas. El mismo día telegrafía el Gobernador de Rancagua, C. Félix de la Cuadra, diciendo que se han perdido unas cargas de municiones en el río Seco y que iba a tomar sus medidas para que este río

corriese dentro del Cachapoal. Añade también que había dado órdenes para que este río pasase debajo del puente. Ultimamente éste ha dado cuenta de que le han robado sus caballos y su yeguada para trillar. Otros dicen que iban también dos burros entre los animales y que éstos eran sus hijos.

Lo único que se sabe respecto de la *división del Sur* es que la de Villalón está con los Cazadores en los arrabales de Talca, desde el día 22 ó 23 y que ahí se le han reunido los gendarmes, ahora número 5.º, con una o dos compañías del Buñ y algunas milicias de Colchagua. El 26 había llegado también a Constitución una fuerza de 100 a 200 hombres a las órdenes del Mayor Fernández. He aquí un ejemplo de las mentiras ridículas de los diarios del gobierno, el de Valparaíso y el de aquí. Ambos publican la siguiente carta de Copiapó:

**Boletín de noticias del «Ferrocarril»
y «Comercio»**

NOTICIAS POLÍTICAS

Después de dado el suplemento de ayer hemos obtenido la carta siguiente:

Monte Amargo, Enero 17 de 1859.—Señor D. Samuel Valdivieso.—Mi buen amigo: Tengo la satisfacción de participarle, que el Mayor Valdivieso, tu papá, está bueno, y que él fué el primero que saltó a tierra en Caldera y que batió a los amotinados que fueron completamente dispersados. Todos deseamos llegue el momento de llegar a las manos con los enemigos, y pronto marchamos con ese objeto, pues la victoria es segura por nuestra parte.

Tu amigo que te aprecia.—A. Holley.

«Comercio» del 22 de Enero
de 1859

CAPÍTULO DE CARTA

Publicamos a continuación la siguiente carta dirigida a un amigo de ésta por el ayudante del 3.º de línea llegada por el vapor *Maipú* fondeado hoy. Dice así:

Monte Amargo, Enero 17 de 1859.—Mi buen amigo: Tengo la satisfacción de participarte que el Mayor Valdivieso fué el primero que saltó a tierra en Caldera, y también le ha cabido la gloria de ser el primero en batirse con el enemigo, y que abrigamos la esperanza que a las nueve de este día serán completamente derrotadas las montoneras que nos ha opuesto el enemigo. Tantó Valdivieso como los que le acompañamos deseamos el instante de llegar a las manos y el triunfo será sin duda nuestro.

He oído decir que Gallo está desesperado y que quería huir para la República Argentina, pero los revolucionarios sus amigos, no lo dejarán escaparse.

Se despide de ti tu amigo que te aprecia.—*Adolfo Holley*, Ayudante del 3.º de línea.

(*Ferrocarril* del 24 de Enero de 1859).

Lo que hay es que las provincias del Maule y Concepción se han levantado sin que se sepa de Chillán y Arauco donde había fuerzas de línea. La noticia viene conjuntamente por el vapor *Maule*, llegado ayer a Valparaíso y por propios de Pando a Santiago. Ha habido, pues, gran alboroto en la ciudad, en la Moneda, y al mismo tiempo gran mentidero.

Hoy continuó la audiencia de la Corte. Vinieron aquí a las 10 y mandaron preguntar con el secretario si teníamos algo que exponer. Dijimos todos que nada. Entonces la corte se trasladó a la Policía, con un receptor. Souper había sido traído en un coche a las 8 de la mañana rodeado de guardias.

Habló primero Vergara por Souper, como abogado verboso y fluido. Recordó la inauguración del *Partido Nacional* como un acto parecido al de la Asamblea Constituyente.

Habló después Matta con mucho brillo, con mucha energía, con mucha elocuencia. Pulverizó el bando y dijo que el intendente prohibía el que nos reuniéramos hasta en el valle de Josafat. Estableció la necesidad de la reforma de la Constitución y concluyó por decir que ni Cerda ni Barriga podrían ser sus jueces porque el primero había prejuzgado a la Comisión Conservadora y el segundo había sido su adversario político en la Cámara. Cerda con mucha moderación contestó que por la ley estaba obligado a conocer todo asunto, que los reos tenían su derecho de acusación y ellos el deber de la implicancia, pero no habiendo establecido en tiempo, ninguno de estos recursos, él debía fallar. Entonces se encolerizó, se puso de pie y dijo que se le creía pegado a su destino, pero que no tenía necesidad de él, que lo había renunciado y que estaba ahí sólo porque se le forzaba.

Habló después Torres con mucho denuedo y concluyó con una chuscada, diciendo que ellos estaban ahí como los animales aparecidos de la policía y que ahora era el día del remate y que venían a saber el precio que darían por ellos.

Siguió Souper y dijo, que aunque su abogado había di-

cho lo suficiente él añadía algunas *palabritas*. Que el meeting había sido chiquito, que en Inglaterra se hacen de 20 mil bajo de las ventanas de la reina (porque en mi país hay reina) que su delito era ser patriota por su mujer y sus hijos; que había sido Subdelegado de Pelarco, que había puesto presos a muchos ladrones y ahora le habían hecho burla en la Penitenciaría; que él no era lesa y se había limado los grillos desde el primer día y concluyó por llamar Fiscal Jeringa a Herquínigo, fingiendo no saber pronunciar bien, lo que hizo reír a todos. M. Carrasco habló por mí dos palabras muy sentidas declarando que lo hacía contra mi expresa voluntad. Me ponderó como amigo y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Custodio y Stuardo no hablaron y estuvieron impasibles. En el presente caso, yo creo que este ha debido ser el rol nuestro.

Veremos ahora que sentencia sale. Yo creo que confirman. Sin embargo los que estuvieron hoy en la policía han notado la excesiva complacencia con los reos, al revés de ayer en que nos encerraron en un pasadizo lóbrego con un centinela en cada puerta e hicieron callar a nuestros abogados. ¿Serán las noticias recibidas hoy? M. A. Tocornal nos decía ayer que el doctor Palma andaba ya haciéndose el enfermo.

Hoy me he entretenido leyendo los viajes o mentiras de Dumas por el norte de Africa. Son las 11½.

Enero 30.

Domingo. He leído el 2.º tomo de los viajes de Dumas en el Veloce. Rumores por la tarde, pero nada más.

Enero 31.

He leído la obra de Cuvillier Fleusi, *Voyages et voyageurs*. Escritor algo pesado pero original. Cada párrafo tiene dos

páginas de extensión y la forma se une al estilo. Los análisis de viaje tampoco me han gustado. A fuerza de ponderar a Víctor Jacquemont hace de él un personaje absurdo que no agrada. Sólo su muerte es bella, contada por este exagerado panegirista. El análisis del viaje a Constantinopla de Teófilo Gautier tampoco me ha gustado, porque es como este palaciego, brillante y falso. Lo mejor que he encontrado en el análisis del viaje de Barbé Marlois a Cayenne en 1797 (*Journal d'une deporté non jugé*). Estoy seguro que este libro vale el doble de lo que tiene de fama *las Prisiones de Silvio Pellico*.

Febrero 1.º

A las 4 nos han puesto en rigurosa incomunicación. A las 12 nos notificaron la sentencia a los firmantes de la convocatoria: un año de destierro y 6,000 maravedís, para la cámara del rey, \$ 9. He leído hoy todo el tomo del espiritual Paul Maurice. *Les Tyrans de Village*.

Febrero 2.

Estriccta incomunicación. Día alegre con noticias ventajosas según una carta de Vallejo del 26. Sin embargo no tengo confianza en el Sud. No hay fe ahí. No hay escuela política. La topografía va a acaso a ser la reina de la revolución. La revolución de Copiapó en Talca, y en 8 días Santiago era invadido. Esperamos en el caos de mentiras que atravesamos. Hoy he hojeado dos libros que no me gustan *L'Empereur Sonbonque* por Abant y *Le Beau noir de Egma*. Dos escritores de revista, gramáticos y superficiales, sobre todo el último. Este escribe como Teodora Ravio, cuentos de España o América, tontos y cansados. En la noche he leído con mucho interés las

Histoires émouvantes de Bárbara. El estilo es precioso. La composición sencilla. La narración clara y natural. Les deux jumeaux, Le rapport d'un officier de police et la *Chantenna*, son muy bonitas.

Tengo el proyecto desde ayer de escribir una novela histórica sobre los Almagros. He pedido algunos apuntes que tengo.

Pienso escribir algo también sobre la vida de la cárcel, esta pequeña ciudad, situada en un rincón de la plaza pública.

También es digno de un bosquejo el verdugo Pedro Pozo—viejo de 60 años.— Está por 10 años por haber muerto en duelo (a puñal) a un hombre con quien celaba a su mujer.

Febrero 3.

Todo el día he leído la Bárbara y en la noche los Cuentos Póstumos de Hoffman, traducción Champfleuri, que me interesan mucho. Este genio es simpático para mí. Sólo me disgusta por un ensayo que leí de él hace muchos años en contra de la Independencia de la América Española.

Día de noticias mezcladas. Se nos anunció la revolución de San Felipe, como positiva; gran emoción. Después vino el Suplente del gobierno con mentiras y verdades.

Episodio del cojo Hormazábal quien nos denunció que íbamos a sublevar la guardia y por esto nos han incomunicado. Son las 11.

Febrero 4.

Leo mucho y sin aburrimiento. Proyectos y agitacio-

nes que a nada *aboutissent*. Leo romances y cuentos franceses.

A las 4 de la tarde se reciben buenas noticias del Sud. Talca muy bien defendido. Carrera paralizado por rivalidades en Tagua-Tagua.

Febrero 5.

Mejores noticias del Sud. Se cree que Concepción está unida al movimiento. Leo siempre.

Febrero 6.

Domingo. Comienzo a escribir la vida de Almagro sobre apuntes hechos en Junio. Hoy vino un hijo de Cerda a hacer ofrecimiento a don Santiago Riesco. Señal de decadencia. Son las doce y media.

Sábado, Febrero 12.

Toda la semana, desde el Domingo, la he ocupado en escribir la vida de Almagro, trabajando 7 u 8 horas cada día, lo que ha hecho que el tiempo pase con una celeridad prodigiosa y que aun me encuentre contento en mi prisión, renunciando a una inquietud vehemente que se había apoderado de mí en la semana anterior.

El tiempo ha sido hermoso y sólo hoy hemos tenido un día frío y nublado que ha ejercido su influencia en el ánimo.

La situación política del país es siempre precaria. En el Norte y Sud la revolución progresa, pero la resistencia del gobierno también se rigoriza. Los males serán grandes. La guerra civil será larga esta vez. Y un solo hombre, ominoso a Chile como la sombra de un verdugo, será la causa de tantos desastres.

Aquí tenemos también nuestras peripecias y esta noche día de feria nocturna de zapatos, alguna riña de canasteros alarmó nuestra pacífica prisión. Se formó la guardia con bala en boca y se ha continuado la vigilancia como si estuviéramos a la vista del enemigo.

Febrero 20.

El Domingo 13 lo pasamos con la alarma de la revolución de Aconcagua y el levantamiento de los cívicos de Santiago.

El Lunes, a las 11 de la noche, cuando concluía la vida de Diego Almagro, fuí conducido a la Penitenciaría por el Capitán Lazo. La noche estaba lindísima con la luna. Estaba de guardia el Capitán Reynal, el sargento Pacheco, los cabos Román y Arnaos y 21 soldados. Un *Viva a la libertad!* fué el adiós a mis compañeros.

A las 12 me encontraba en mi celda número 8, calle 1.^a, en que esto escribo.

Al día siguiente, 15, a la tarde, vi a Souper que estaba en la calle 28, y hablamos algunas palabras. El Mayor Castro trajo al suplente con malas noticias. El 16 por la tarde divisé a Lara y a don Ramón García, que parecían muy abatidos. Están con Canto.

Estos días hago mucho ejercicio en el callejón.

El tiempo está hermoso. Me he arreglado para comer aquí con don Julio Andiget, el mecánico, antiguo amigo.

El 17, el Buin, que estaba de guardia, es relevado para ir a San Felipe. Música en la noche.

Febrero 19.

A la oración me junto con Souper. Lluve en la tarde.

Febrero 20.

Misa imponente con más de cuatrocientos presos. Aravena, el sargento de Talca, hermosa figura.

Todo el día alegre con Souper. A las 3 tristes noticias de B. Alamos. Trato de desecharlas. Apuntes sobre Souper.

El día que me trajeron dijeron a Souper que tenía a un *viejo pelado*, pregunté si ese sordo para sí era Pradel y le dijeron que sí. Ahora no se puede conformar con que él tenga 40 años y yo 28.

Febrero 22.

A la tarde supimos la rendición pacífica de Talca, la que celebramos de corazón. No queríamos dejarnos encerrar y pasamos la cama de Souper a mi celda. A las 12, cuando más alegremente conversábamos, sentimos sonar la reja y después vino Castro a intimar a Souper que dentro de una hora debía partir a Valparaíso, a las órdenes de Carvallo.

Recibimos la noticia como cualquiera otra farsa y seguimos riéndonos y apagamos la vela, hasta que volvió el Mayor a reconvenirnos con buen modo. Entonces nos levantamos y Souper se fué a las dos y media con Lara y García, quedando yo en la mayor soledad.

Tuve de visitas a mi Luisa, Ponciano y don Miguel, lo que fué una fiesta para mí. No me confirmó los rumores de fusilamiento y Ponciano me dijo que el Presidente le había hablado muy bien de mí.

Febrero 23.

He concluído de revisar la *Vida de Almagro* que escribí en 10 días.

Me propongo arreglar ahora mis apuntes sobre la revo

lución de 1851 hasta que me saquen de aquí, que ignoro cuando sea.

En una carta que le escribo hoy a mi mamá, manifiesto mis opiniones sobre el desenlace de la revolución, con lo que dejo concluida mi campaña política de 1859, que sin duda será la última.

Con esto dejo cerrados estos apuntes de prisión, y continuaré ahora, probablemente, mi diario de viaje.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA.



